

bres, dos de los cuales la llevaban sobre la escala, mientras que el tercero sostenía la escala, apoyando el pie encima.

— ¡ Ah! dijo Justino.

— Ahora, dijo Mr. Jackal, vamos á tratar de saber, mi querido caballero, quiénes son esos tres hombres.

— ¡ Ah! comprendo, dijo el jardinero, ha sido robada una de vuestras colegialas.

Mr. Jackal bajó sus anteojos para mirar á su sabor á Pedro, y en seguida, cuando lo hubo mirado bien, dijo á Mad. Desmarets :

— Señora, no os deshagáis nunca de ese mozo : es un tesoro de inteligencia.

En seguida le dijo al jardinero :

— Amigo mío, podéis volver á llevar la escala al sitio de donde la hemos cogido, ya no la necesitamos.

### CAPÍTULO III.

#### LOS PASOS.

Mientras que el jardinero se alejaba en dirección de la cochera, Mr. Jackal, con los anteojos levantados hasta la frente y henchida la nariz de tabaco, examinaba la huella de los pies.

Sacó de su bolsillo un fino cuchillo, mitad cortaplumas, mitad podadera, abrió una de sus ocho ó diez hojas, y cortó una pequeña rama, con la que comenzó á medir los pasos.

— Hé aquí las huellas que se dirigen de la pared á la

ventana, y de la ventana á la pared, ida y vuelta, dijo : los raptores, á lo que parece, estaban bien informados de las costumbres de las colegialas, y no se creían obligados á tomar grandes precauciones. Solamente...

Mr. Jackal pareció embarazado.

— Solamente, repitió el de policía, hé aquí zapatos de la misma longitud y de la misma anchura ; una vez en el jardín, ¿ habrá dado el golpe un hombre solo y habrán esperado los otros dos ?

— Los zapatos tienen la misma longitud y la misma anchura, dijo Salvador ; pero no pertenecen al mismo pie.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ y en qué vemos eso ?

— En los clavos de la suela que están dispuestos de modo distinto.

— Es verdad, á fe mía, dijo Mr. Jackal ; de dos en dos pasos se encuentra un zapato izquierdo con clavos dispuestos en triángulo. Uno de nuestros hombres es francmasón.

Ruborizóse Salvador ligeramente.

Mr. Jackal no vió ó no quiso ver aquel rubor.

— Además, continuó Salvador, uno de los dos hombres cogeaba del pie derecho, como podéis ver ; el zapato está más descalcañado de este lado que del otro.

— También es verdad, dijo Mr. Jackal, ¿ habéis sido del oficio ?

— No, dijo Salvador ; pero soy, ó más bien, he sido en otro tiempo cazador.

— ¡ Silencio ! dijo Mr. Jackal.

— ¿ Qué hay ? preguntó Salvador.

— Hé aquí una tercera huella. ¡ Ah ! un pie particular y que no tiene ninguna semejanza con los que acabamos de examinar ; un verdadero pie de hombre de mundo, de aristócrata, de gran señor, ó de abad.



— De gran señor, Mr. Jackal.

— ¿Por qué insistís en que es de un gran señor? Me alegraría encontrar un abad en este asunto, dijo el volteriano Mr. Jackal.

— Tendréis el dolor de privaros de ello.

— ¿Por qué?

— Porque ya no estamos en tiempo del abate Gondy, tiempo en que los abates montaban á caballo. En verdad que el hombre que ha dejado esta huella era un caballero; hé aquí detrás del talón de su bota la pequeña señal de sus espuelas.

— ¡Es verdad! exclamó Mr. Jackal. Á fe mía, mi querido Mr. Salvador, que sois casi tan fuerte como un hombre del oficio.

— Es que, en efecto, dijo Salvador, paso una parte de mi vida en observar.

— Pues ayudadme ahora á seguir la huella de los pasos hasta la ventana.

— ¡Oh! en cuanto á eso, dijo Salvador, no será difícil.

Y las pisadas de los zapatos y las botas condujeron á Salvador y á Mr. Jackal derechos á la ventana.

Seguiales Justino interceptando sus miradas, devorando sus palabras.

Pareciase el pobre joven á un avaro á quien han robado un tesoro guardado por diez años, y que habiendo casi perdido la esperanza de encontrarlo por sí mismo, ve á amigos más inteligentes que él descubrir la huella de sus ladrones.

En cuanto á Mad. Desmarets, estaba completamente abateda, y seguía maquinalmente con los ojos fijos y los brazos inertes.

Llegados á la ventana, notaron que las pisadas estaban

aún más marcadas que en todos los demás puntos.

— ¿Quién de vosotros, Mad. Desmarets ó Mr. Justino, me ha dicho que habiais intentado abrir la puerta de Mina? preguntó Mr. Jackal.

Los dos respondieron á un tiempo:

Nosotros, caballero.

— ¿Y la habéis encontrado cerrada con el cerrojo?

— Acostumbraba Mina á cerrarse todas las noches, añadió Mad. Desmarets.

— ¿Entonces, dijo Mr. Jackal, es por la ventana por donde han entrado?

— ¡Hum! dijo Salvador, me parece la persiana muy sólidamente cerrada.

— ¡Oh! no es difícil abrir una persiana, dijo Mr. Jackal.

É intentó abrirla.

— ¡Ah! ah! dijo, no sólo está entornada, sino cerrada por dentro.

— Me parece que es menos fácil, dijo Salvador.

— ¿Estáis seguro que la puerta estaba cerrada con un cerrojo? dijo Mr. Jackal interrogando á Justino.

— ¡Oh! caballero, he empujado con toda mi fuerza.

— Tal vez sólo estuviera cerrada con llave.

— La puerta estaba unida al marco, no sólo por el medio, sino también por arriba.

— Ti ti ti ti, hizo Mr. Jackal cantando á media voz; para que la persiana esté cerrada con el gancho, y la puerta con el cerrojo, preciso es que sean en realidad muy hábiles las personas que han venido aquí.

Y sacudió de nuevo la persiana.

— No conozco más que dos hombres capaces de salir por una puerta y por una ventana cerradas; y si el uno no



estuviera en Brest, y el otro en Tolón, diría que Robichón ó Gibassier habían dado el golpe.

— Pues qué, preguntó Salvador, ¿ hay medio de salir por una puerta cerrada?

— ¡ Bah ! mi querido caballero, hay medio de salir hasta por donde no hay puerta, como lo ha probado uno de mis predecesores, el difunto Mr. Latude : pero felizmente esos medios no están al alcance de todo el mundo.

En seguida, después de haber llenado su nariz de tabaco :

— Volvamos á entrar en la casa, señora, dijo Mr. Jackal.

Y dando ejemplo, sin inquietarse por si la buena educación exigía que se hiciese pasar delante á los demás, pasó el primero, y deteniéndose delante de la puerta de Mina, dijo :

— Debéis tener doble llave de todas las habitaciones, señora.

— Sí, pero será inútil si la puerta está cerrada con cerrojo.

— No importa, querida señora, id á buscarla.

Desapareció por un momento Mad. Desmarests y volvió con la llave.

— Aquí está, dijo.

Introdujo Mr. Jackal la llave en la cerradura, é intentó hacerla girar.

— Está la otra llave por dentro ; pero la cerradura no está cerrada con dos vueltas, dijo.

Después añadió como para consigo mismo :

— Prueba de que la puerta ha sido cerrada por fuera.

— Pero si el cerrojo está echado, dijo Salvador, ¿ cómo los raptos estando fuera han podido echar el cerrojo por dentro?

— Se os va á mostrar eso al instante, joven, es una in-

vención de Gibassier, á la que ha debido el bellaco el no ser condenado más que á cinco años de galeras en vez de serlo á diez ; había reincidencia, pero no fractura. Id á buscarme un cerrajero.

Envióse á buscar un cerrajero, que vino con unas tenazas, y levantó la puerta, que cedió á aquella presión.

Todo el mundo quiso precipitarse en la habitación ; pero Mr. Jackal detuvo á todo el mundo, extendiendo los dos brazos.

— Poco á poco, dijo ; poco á poco, todo depende del primer examen ; nuestro descubrimiento pende de un hilo, añadió sonriendo, como si estas palabras hubiesen contenido alguna broma.

Entonces, entrando solo, examinó la cerradura y el cerrojo.

Su primer examen pareció no dejarle satisfecho.

Entonces quitó completamente sus anteojos, que parecían ser el único obstáculo para que su vista adquiriese la perspicacia de la del lince. Al instante se dibujó sobre sus labios una sonrisa de triunfo, y con el pulgar y el índice cogió un objeto casi invisible, que trajo hacia sí y elevó triunfalmente en el aire.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo con aire alegre. ¡ Cuando yo os decía que nuestro descubrimiento pendía de un hilo !... Pues bien, aquí está ese hilo.

Y los espectadores percibieron, en efecto, un fragmento de hilo de seda de unos quince centímetros de larga, que había quedado enganchado entre el hierro del cerrojo y la madera de la puerta.

— ¿ Es con eso con lo que se ha cerrado la puerta ? preguntó Salvador.

— Sí, respondió Mr. Jackal ; sólo que el hilo tenía me-



dic metro; lo que vemos es un fragmento que se ha roto, y por lo que no se han inquietado.

El cerrajero miraba con aturdimiento á Mr. Jackal.

— ¡ Bueno! dijo, creía conocer todos los medios de abrir y cerrar las puertas; pero parece que no era más que un niño.

— Me felicito de poder enseñaros algo, amigo mío, dijo Mr. Jackal. Vais á ver cómo se practica esto. Se coge el extremo del cerrojo con un hilo doblado en dos; la seda es mejor que el hilo, porque tiene más resistencia. El hilo debe ser bastante largo para que cerrada la puerta salgan los dos extremos á la parte de afuera. Cerráis la puerta, tiráis de vuestro hilo, vuestro hilo tira del cerrojo, y la cosa está hecha.

Sólo que á veces el hilo se rompe, queda enganchado en el cerrojo, y entonces llega Mr. Jackal, que dice: si ese diablo de Gibassier no estuviera en chirona, diría que él habia dado el golpe.

— Mr. Jackal, dijo Justino, que sólo tomaba un interés muy secundario en la explicación, por interesante que fuese desde el punto de vista de los progresos de la ciencia.

— Sí, tenéis razón, querido Mr. Justino, dijo el de policía.

Y entraron en la habitación.

— ¡ Ah! dijo Mr. Jackal, una huella desde la puerta al lecho y desde el lecho á la ventana.

Después, dirigiendo una mirada al lecho y á la mesa de noche:

— ¡ Bueno! dijo, la joven se acostó y leyó cartas.

— ¡ Oh! ¡ mis cartas! exclamó Justino, ¡ querida Mina!

— En seguida, continuó Mr. Jackal, apagó su luz; todo iba bien hasta aquí.

— ¡ En qué veis que hubiese apagado la luz por si misma? preguntó Salvador.

— Ved la mecha doblada aún por el soplo, y el soplo, á juzgar por la dobladura de la mecha, viene del lado del lecho. Volvamos á los pasos. Veamos, Mr. Salvador, mirad esto con vuestros ojos de cazador.

Salvador se inclinó.

— ¡ Ah! ¡ ah! dijo, hé aquí de nuevo un pie de mujer.

— ¿ Qué decía yo, mi querido Mr. Salvador? Recordáis que decía: ¿ Quién es ella? Buscad la mujer.

Decimos pues que aquí hay un pie de mujer. Si, á fe mia, y un pie de mujer resuelta, que no anda de puntillas, sino que apóya toda la suela y el tacón.

— Sí, dijo Salvador, sólo que la mujer es coqueta; ha seguido las calles del jardín temiéndole manchar sus botitas. Notad que la huella está señalada con arena amarilla sin mezcla alguna de lodo.

— ¡ Mr. Salvador! ¡ Mr. Salvador! exclamó el de la policía, ¡ qué desgracia que hayáis elegido el estado que ejercéis? Cuando queráis, os haré mi ayudante de campo. No os mováis.

Salió Mr. Jackal, pasó al jardín, fué por la calle enarenada hasta el pie de la escala, y volvió.

— Eso es, dijo, la mujer viene del interior de la casa, sale, sigue la calle, se detiene al pie de la escala, y vuelve por el mismo camino que habia llevado.

— Ahora voy á referiros cómo han pasado las cosas: aunque lo hubiera visto, no estuviera más seguro de ello. Todo el mundo escuchó.

— La señorita Mina entró á la hora ordinaria, muy triste, pero tranquila. Se acostó; el lecho apenas está descompuesto, miradlo; leyó las cartas y lloró al leerlas; aquí



está su pañuelo arrugado como el de una persona que llora.

— ¡ Oh ! dádmele, dádmele, exclamó Justino.

Y sin aguardar á que Mr. Jackal se lo diese, lo cogió y lo oprimió contra sus labios.

— Se acostó pues, continuó Mr. Jackal, leyó y lloró.

Pero como no se puede leer siempre ni llorar siempre, experimentó la necesidad de dormir, y sopló la bujía.

¿ Se durmió ó no se durmió ? Ninguna importancia tiene esto ; pero una vez apagada la bujía, he aquí lo que sucedió. Han llamado á la puerta.

— ¿ Quién, caballero ? preguntó Mad. Desmarets.

— ¡ Ah ! queréis saber más que sé yo mismo, querida señora. ¿ Quién ? Tal vez os lo diga pronto ; pero en todo caso la mujer.

— ¡ La mujer ! murmuró Mad. Desmarets.

— La mujer, la hija, la madre ; bajo el nombre de mujer designo aquí, no á l individuo, sino á la especie.

La mujer, pues, llamó á la puerta.

Levantóse Mina y fué á abrir.

— ¿ Pero cómo queréis que Mina haya ido á abrir sin saber quién llamaba ? preguntó Mad. Desmarets.

— ¿ Y quién os ha dicho que no lo sabía ?

— No hubiera abierto á una enemiga.

— No, pero sí á una amiga. ¡ Ah ! señora, ¿ tendré la felicidad de enseñaros que tenemos en los colegios amigas que son terribles enemigas ?

Abrió pues á su amiga.

Detrás de la amiga venía el joven de las botas y las espuelas.

Detrás del hombre de las botas y las espuelas el hombre de los zapatos claveteados en triángulo. ¿ Cómo se acostaba Mina ?

— No comprendo, dijo Mad. Desmarets, á quien se dirigía la pregunta.

— Pregunto qué vestidos llevaba de noche.

— En invierno, la camisa y un gran peinador.

— Bien, le han puesto un pañuelo en la boca, la han envuelto en un cobertor, una manta ó cosa semejante (aquí están al pie de la cama sus medias y sus zapatos, y sobre aquella silla, sus vestidos), y por la ventana la han llevado como estaba.

— ¿ Por la ventana ? preguntó Justino, ¿ por qué no por la puerta ?

— Porque era preciso atravesar el corredor y podía oirse el ruido, y porque además, era más sencillo que los dos hombres que estaban en la habitación, pasasen la joven al que esperaba en el jardín.

Y mirad, dijo Mr. Jackal, por bien cerrada que esté la ventana, hé aquí la prueba de que ha pasado por aquí, y hasta de que no ha pasado de buena voluntad.

Mr. Jackal mostró una ancha escotadura en la cortina de muselina, la mano que se había agarrado allí se había llevado el pedazo.

— Hé aquí pues cómo pasó.

La chica ha sido llevada por la ventana, después pasada por encima de la pared. En seguida, la persona que se ha quedado en casa, ha vuelto la escala á la cochera : entonces volvió á entrar, cerró por dentro la ventana, pasó un hilo de seda por el cerrojo, firó de la puerta, después del hilo, y subió tranquilamente á acostarse.

— Pero al entrar en el dormitorio ó al salir ha debido ser vista.

— ¿ No tenéis otras colegialas con su habitación aparte como la señorita Mina ?



— Una sola.

— Entonces esa es la que ha intervenido en el negocio, mi querido Mr. Salvador, hemos encontrado la mujer, ya sabemos quién es ella.

— Así que, ¿ creéis que es la amiga de Mina la causa de este rapto ?

— No digo la causa, digo la cómplice.

— ¡ Susana ! exclamó Mad. Desmarests.

— Señora, dijo Justino, creedme, debe ser así.

— Pero ¿ qué puede inspiraros semejante idea, caballero ?

— La antipatía que he experimentado por esa joven la primera vez que la he visto. ¡ Oh ! señora, era como un presentimiento de que le debería una gran desgracia. Desde que este caballero habló de una mujer, continuó Justino señalando á Mr. Jackal, he pensado en ella; no me hubiera atrevido á acusarla, pero sospechaba. En nombre del cielo, caballero, haced que venga y confundidla.

— No, dijo Mr. Jackal, no la hagáis venir, mejor es ir adonde está.

Señora, tened la bondad de conducirnos á la habitación de esa señorita.

Mad. Desmarests, que para con Mr. Jackal había perdido toda clase de resistencia, no hizo la menor observación, y marchando la primera indicó el camino.

La habitación estaba situada en el primer piso, al extremo del corredor.

— Llamad á la puerta, señora, dijo Mr. Jackal.

Llamó Mad. Desmarests, pero nadie respondió.

— Tal vez esté en el recreo de las once, dijo Mad. Desmarests.

— ¿ Hay necesidad de llamarla ?

— No, dijo Mr. Jackal, entremos desde luego en la habitación.

— No está la llave en la puerta.

— Pero me habéis dicho que tenéis otra llave de todas las habitaciones.

— Sí, caballero.

— Pues bien, id á buscarnos la llave de la habitación de la señorita Susana, y si la encontráis, señora, por vuestra cabeza, ni una palabra de lo que se le quiere.

Mad. Desmarests hizo seña de que se podía contar con su discreción, y bajó la escalera.

Algunos segundos después subía con la llave, que entregó á Mr. Jackal.

— Señores, dijo Mr. Jackal, esperadme en el corredor hasta que entremos Mad. Desmarests y yo.

Los dos entraron.

— ¿ Dónde pone la señorita Susana su calzado ? preguntó Mr. Jackal.

— Allí, respondió la directora indicando un gabinete. Entró Mr. Jackal en el gabinete, y de sobre una tabla cogió un par de borceguies de satén azul safo, cuya suela examinó.

La suela había conservado en toda su longitud la arena amarilla de la calle del jardin.

— ¿ Van las colegiadas al jardin ? preguntó Mr. Jackal á Mad. Desmarests.

— No, caballero, respondió ésta; el jardin que da á una callejuela desierta está no sólo cuidadosamente cerrado, sino prohibido á las colegialas.

— Está bien, dijo Mr. Jackal volviendo á poner los borceguies en su sitio, sé lo que quería saber; ahora ¿ dónde pensáis que esté la señorita Susana ?



— Según toda probabilidad, en el patio de recreo.  
— ¿Qué pieza de vuestro establecimiento da sobre ese patio?

— El salón.

— Vamos al salón, señora.

Y salió de la habitación de la señorita Susana, dejando á Mad. Desmarets el cuidado de cerrar la puerta.

— ¿Qué hay? preguntaron á la vez Salvador y Justino.

— Hay, respondió Mr. Jackal introduciendo en su nariz una colosal porción de tabaco, hay que creo que tenemos la mujer, que me parece que sabemos quién es ella.

#### CAPITULO IV.

##### LOS VALGENEUSE.

Bajaron al salón.

El salón daba al patio de recreo, como había dicho Mad. Desmarets, y todas las jóvenes aprovechaban un rayo de sol, por pálido que fuese, para desplegar en el patio su fresco ramillete.

Una joven más alta que las otras se paseaba aparte.

Á través de los vidrios de la puerta que daba al patio, abrazó Mr. Jackal el cuadro de una mirada.

La paseante solitaria le llamó la atención.

— ¿Es la señorita de Valgeneuse la que veo allá abajo por aquella calle de tilos?

— Sí, señor, respondió Mad. Desmarets.

— Pues bien, señora, tened la bondad de hacerle señá de que venga.

— No sé si vendrá.

— ¿Cómo que no sabéis si vendrá?

— No.

— ¿Y por qué no habría de venir?

— Es muy orgullosa Susana.

— Hacedle sin embargo señá, señora, y si no viene, yo la iré á buscar.

Salió Mad. Desmarets al patio é hizo con la mano señá á Susana de que viniése.

— Tal vez no esté sorda si está ciega, dijo Mr. Jackal, llamada.

— ¡Susana! gritó Mad. Desmarets.

Volvióse la joven.

— Tened la bondad de venir, hija mía, dijo la directora del colegio, se os suplica.

Aproximóse la señorita Susana más lentamente y con aire sumamente desdeñoso.

Mr. Jackal y Salvador tuvieron pues tiempo de examinarla á través de la abertura de la cortina.

En cuanto á Justino, la conocía.

— Es singular, dijo Salvador, esa fisonomía; no me parece del todo desconocida.

— ¿Qué decis? preguntó Mr. Jackal, que por encima de sus anteojos había mirado con no menos atención que Salvador.

— Pondría mi mano en el fuego á que esa niña es una criatura malvada, dijo Salvador.

— Yo no pondría mi mano en el fuego, replicó Mr. Jackal, porque siempre es imprudente poner la mano en el fuego; pero no por eso deo de ser de vuestra opinión.



boca es apretada, el ojo hermoso, pero fijo y duro; en suma, ved en este momento en que está inquieta, la mala expresión que ha tomado su fisonomía.

Mientras tanto, subía Susana las escaleras y llegaba delante de Mad. Desmarests.

— Me habéis hecho el honor de llamarme, señora, dijo la joven con un tono que daba á sus palabras esta significación. Creo, señora, que os habéis permitido llamarme.

— Sí, hija mía, porque hay aquí una persona que desea hablaros, respondió Mad. Desmarests.

Pasó Susana delante de Mad. Desmarests y entró en el salón.

Al ver á Justino acompañado de dos desconocidos, no pudo reprimir un ligero estremecimiento; pero su rostro permaneció impasible.

— Hija mía, dijo Mad. Desmarests visiblemente embarazada por la cólera que veía brillar en los negros ojos de la colegiala, este caballero es quien tiene que haceros algunas preguntas.

Y designaba á M. Jackal.

— ¿Preguntas á mí? dijo desdeñosamente la joven; no conozco á este caballero.

— El señor, dijo vivamente Mad. Desmarests, es un representante de la autoridad.

— ¿Un representante de la autoridad! dijo Susana; ¿y qué tengo yo que ver con la autoridad?

— Calmaos, mi queridad Susana, dijo Mad. Desmarests, se trata de Miña.

— Pues bien, ¿y después?

— Mr. Jackal creyó que era tiempo de mezclarse en la conversación.

— ¿Después, señorita? Pues bien, después deseamos tener algunas noticias de la señorita Mina.

— ¿Sobre la señorita Mina? No puedo, caballero, daros de ella más noticias que las que podría daros el señor (y designaba á Justino); es decir, que la ha encontrado una noche en un sembrado de trigo, que la ha llevado á su casa, y que estaba á punto de casarse con ella, cuando han llegado de Rouen no sé qué noticias de un padre desconocido, que han impedido el matrimonio.

Mr. Jackal escuchaba y miraba aquella criatura, que de antemano le parecía adherida á todas las malas pasiones de la vida, con esa curiosidad que hacia que diese á cada palabra pronunciada por ella un paso en el camino de la admiración.

— No, señorita, dijo Mr. Jackal; no son esos los detalles que deseamos, son sobre otra cosa.

— Pues si son sobre otra cosa, caballero, preguntad á la misma señorita Mina, porque yo acabo de deciros todo cuanto de ella sé.

— Desgraciadamente, señorita, no podemos seguir vuestro consejo, por bueno que parezca á primera vista.

— ¿Y por qué, caballero? preguntó Susana.

— Porque la señorita Mina ha sido robada esta noche.

— ¡Ah! de veras, ¡pobre Mina! dijo la joven con un tono burlón, que hizo lanzar un grito de cólera á Justino y fruncir las cejas á Salvador.

Mr. Jackal, á quien aquella manera de responder picaba visiblemente, hizo sin embargo á los dos jóvenes seña de que callasen.

— Y he pensado, continuó, que vos, su amiga íntima, señorita, podríais darnos algunas noticias sobre su desaparición.

— Os engañáis, caballero, respondió la joven, nada tengo que deciros sobre la desaparición de mi amiga íntima,



en atención á que lo ignoraba hasta este momento.

— Pensad, señorita, dijo Salvador, en la desesperación en que ese raptó hundió á un novio, una madre y una hermana que se habían acostumbrado á mirar á la señorita como su hija y como su hermana.

— Comprendo la desesperación de ese caballero, y le compadezco con toda mi alma, lo mismo que á su familia; pero ¿qué queréis que haga? ayer á las ocho y media he dejado á la señorita Mina, es decir, en el momento en que ha entrado en su cuarto, y no la he vuelto á ver desde entonces. Ahora, tened la bondad de decirme, caballero, si es esto todo lo que tenéis que preguntarme.

— Ese tono altanero sienta mal en una joven de vuestra edad, señorita, dijo severamente Mr. Jackal abriendo su redingot y mostrando una punta de la banda, sobre todo, cuando esa joven se encuentra delante de un hombre que representa la ley.

— ¿Por qué no habéis dicho al instante que erais comisario de policía, caballero? dijo Susana con una insolencia admirable; se os hubiera respondido con todos los respetos debidos á un comisario de policía.

— Abreviemos, señorita, dijo M. Jackal. Vuestro nombre, vuestras cualidades y vuestro estado en el mundo.

— ¿Entonces es un interrogatorio? preguntó la joven.

— Sí, señorita.

— Mi nombre, Susana de Valgeneuse; mis cualidades, soy hija del señor marques Dionisio René de Valgeneuse, par de Francia, sobrina de monseñor Luis Clemente de Valgeneuse, cardenal en la corte de Roma, y hermana del conde Loredán de Valgeneuse, teniente de guardias; mi estado, soy heredera de una renta de medio millón. Hé aquí, caballero, mi estado, mis nombres y mis cualidades.

Esta respuesta dada con regio desdén, produjo efecto diferente en los tres hombres que la escuchaban, efecto que no advirtió Mad. Desmarets, toda aturdida con lo que le pasaba.

Tembló Justino, conociendo su impotencia: ¿quién era él, pobre maestro de escuela desconocido, perdido en el barrio de Santiago, para aquella alta y aristocrática familia contra la que tenía que chocar?

— ¿Susana de Valgeneuse! dijo Salvador adelantándose un paso, y mirando á la joven con ojos mitad curiosos y mitad amenazadores.

— ¿Señorita Susana de Valgeneuse! repitió M. Jackal retrocediendo como hubiera podido hacerlo un hombre que viese que iba á pisar una serpiente.

En seguida, abotonando lentamente su redingot, pareció reflexionar un instante.

El resultado de su reflexión fué que se quitó respetuosamente el sombrero con el aire más cortés que pudo tomar, y dijo:

— Perdonal, señorita, ignoraba...

— Sí, comprendo, caballero, que fuese yo la hija de mi padre, la sobrina de mi tío y la hermana de mi hermano. Pues bien, ahora lo sabéis, cuidad de no olvidarlo.

— Señorita, dijo M. Jackal, siento vivamente haber podido desagradaros. Os suplico que no atribuyáis mi persistencia más que á los tristes deberes que mis funciones me obligan á llenar.

— Está bien, caballero, respondió secamente Susana; ¿es eso todo lo que teniais que preguntarme?

— Sí, señorita; pero dejadme repetiros que estoy desesperado por haberos ofendido, y permitidme esperar que no me guardaréis rencor por el tonto oficio que la justicia me obliga á desempeñar.



— Trataré de olvidaros, caballero, dijo Susana retirándose.

Y sin saludar á nadie salió del salón, no ya para volver á entrar en el jardín, sino para subir á su cuarto.

M. Jackal, que se encontraba en su camino, retrocedió un paso, inclinándose profundamente.

Justino moría de deseo de ahogar á Susana, porque más que nunca le parecía visible que la señorita Susana de Valgeneuse había intervenido en el rapto de su novia.

Aproximóse Salvador á él y le cogió la mano.

— Callad, dijo, ni un movimiento, ni un gesto.

— ¡ Pero todo está perdido ! dijo Justino.

— Nada hay perdido en tanto que yo os diga : ¡ Esperad, Justino ! Conozco á esos Valgeneuse, y os digo que nada hay perdido. Solamente os encargo, que no olvidéis ese nombre de Gibassier.

Después, volviéndose hacia Mr. Jackal, dijo :

— Creo que nada tenemos que hacer aquí, ¿ no es verdad, caballero ?

— En efecto, contestó Mr. Jackal, bastante embarazado y colocando sus espejuelos á la altura de sus ojos ; creo que nada más sabremos de lo que sabemos.

— Sí, dijo Salvador, y sabemos bastante.

Mr. Jackal aparentó no oír, y acercándose á Mad. Desmarets, que estaba toda aturdida del giro que había tomado el asunto, le dijo :

— Señora, tengo el honor de saludaros muy respetuosamente.

Después, en voz baja, añadió :

— Repetid á la señorita de Valgeneuse, que me he visto obligado á hacer lo que he hecho, y que la suplico mire mi visita como no hecha. ¿ Entendéis ?

— Como no hecha, entiendo, sí, señor.

Y saludando segunda vez á Mad. Desmarets, salió, haciendo seña á Justino y Salvador de que le siguiesen.

Salvador, como se ha visto, con la esperanza sin duda de llegar sin auxilio de Mr. Jackal á reunir á Justino con Mina, parecía haber tomado su partido respecto á la metamorfosis del empleado de policía, pero no sucedía lo mismo á Justino, que por un instante, según las mismas palabras de Mr. Jackal, se había visto sobre la huella de su pobre robada.

Así que estuvo á la puerta de la calle, dijo :

— Perdonad, Mr. Jackal..

— ¿ Qué puede hacerse en vuestro servicio, caballero Justino ? preguntó el polizón.

— Me parecía que después de haber dicho : Buscad la mujer, ¿ quién es ella ? nos habéis dicho : tenemos la mujer, sabemos quién es ella, y habíais añadido : la mujer, ella, es la señorita Susana.

— ¿ He dicho eso, caballero ? preguntó el hombre de policía con aire atónito.

— Lo habéis dicho, caballero, y no hago más que repetir vuestras propias palabras

— Caballero Justino, debéis estar equivocado.

— Apelo á Mr. Salvador.

Mr. Jackal dirigió á Salvador una mirada que quería decir :

— Vos que me comprendéis, sacadme de este embarazo.

Salvador, en efecto, comprendía á Mr. Jackal, pero no quiso excusarle : fué pues inexorable.

— Á fe mia, dijo, mi querido Mr. Jackal, debo confesar, que si mi memoria es exacta, nos habéis dicho sílaba



por sílaba lo que acaba de repetiros Mr. Justino; es decir, que la señorita Susana era cómplice del rapto.

— ¡Bah! ¡bah! ¡bah! siempre se hace mal en decir esas cosas antes de que estén probadas, dijo Mr. Jackal alargando los labios. ¡Cómplice! si he dicho que la joven era cómplice, he hecho mal.

— Pero vos erais quien la acusábais, caballero, exclamó Justino; ¡recordad lo que deciais de ella en el cuarto de la pobre Mina!

— Acusar, no es la palabra; sospechar tal vez, y eso á todo lo más.

— ¿Así que, ya no sospecháis de ella siquiera?

— Es decir, que estoy á mil leguas de sospechar de ella. ¡Pobre inocente! ¡Dios me libre de tal cosa!

— ¿Y aquellos labios hundidos, aquella mirada dura, aquella fisonomía malvada? dijo Salvador.

— La habia visto así, á lo lejos; pero de cerca todo ha cambiado; el labio es gracioso, la mirada orgullosa, la fisonomía digna y elevada.

En seguida, como Justino no parecía contentarse con aquella apología, que después de la primera opinión emitida por Mr. Jackal, respecto á la señorita de Valgeneuse, podía parecer al menos extraordinaria:

— Venid á verme, Mr. Justino, dijo refugiándose en su carruaje; venid á verme á la prefectura de hoy en ocho días; probablemente tendré alguna buena noticia que daros. Tan pronto como llegue esta tarde, voy á poner toda mi gente en campaña.

— Volveos á vuestra casa, Justino, dijo Salvador apretando cordialmente la mano del pobre maestro de escuela, y antes de veinticuatro horas yo me encargo de deciros lo que tenéis que temer ó que esperar.

En seguida, como Mr. Jackal cerrase la portezuela del carruaje:

— ¡Eh! Mr. Jackal, ¿qué mil diablos hacéis? dijo Salvador; vos me habéis traído, y es preciso que me llevéis.

Además, añadió colocándose junto á Mr. Jackal y cerrando la portezuela detrás de sí, tengo que hablar con vos de los Valgeneuse.

— Á París, dijo Mr. Jackal, que visiblemente hubiera preferido ir solo.

Partió el carruaje al trote largo.

En cuanto á Justino, volvió al paso, triste y silencioso, y contando sólo débilmente con la promesa de Salvador.

## CAPÍTULO V.

DONDE SE RUEGA AL LECTOR QUE NO SALTE NI UNA SOLA LÍNEA.

Mr. Jackal se habia acurrucado en un rincón del carruaje; Salvador se habia establecido en el otro.

El carruaje rodaba rápidamente.

Salvador, á pesar de las palabras dichas por él al subir al carruaje, parecia decidido á no interrumpir las reflexiones de Mr. Jackal.

Solamente se hubiera dicho que le cubria con su mirada.

Aquel ojo burlón, casi despreciativo, lo encontraba Mr. Jackal siempre que levantaba los suyos.

Al fin llegó un momento en que le pareció menos embarazosa que aquel silencio la explicación que habia parecido pedirle Salvador.